MALÁ STRANA

o: Algo supuestamente malo que resultó no serlo

Crónica de viaje, con notas y erratas[1]

∮ ∮ ∮

§ 1. LA CHAPA (HECHOS, HIPÓTESIS, HERENCIA)

Hay —o hubo; los dos tiempos verbales van a hacer falta y conviene tenerlos precalentados desde ya— en la galería de la casa de mi padre, atornillada a la pared a unos 40–50 cm de la parrilla propiamente dicha,[2] una chapa de calle esmaltada cuyos datos duros, en la acepción más blanda que la palabra dato tolera sin denunciar, son los siguientes: (a) rectangular; (b) borde rojo; (c) letras blancas, mayúsculas, dispuestas en dos renglones; (d) renglón superior: MALOSTRANSKÉ NÁMĚSTÍ; (e) renglón inferior, en cuerpo menor y con ese aire inconfundible de aclaración administrativa que tiene todo lo escrito en cuerpo menor: MALÁ STRANA. Los colores eran los de las chapas municipales originales de Praga, dato que habilita dos y solo dos hipótesis, que numero porque van a volver, y van a volver seguido: (a) la chapa era original; (b) alguien la había fabricado para que lo pareciera. Esta crónica va a tardar ocho secciones en no decidirse entre las dos, y le aviso desde ahora que esa indecisión no es un defecto de la crónica sino, mirado con la debida frialdad, su tema.

Nadie en esa casa sabía checo. Nadie conocía a nadie que supiera checo. Nadie tenía agendado, ni en el mediano ni en el largo plazo ni en ningún otro plazo de los que administra una familia, conocer a nadie que supiera checo. La chapa, por lo tanto, no señalaba ninguna plaza ni orientaba a ningún transeúnte: operaba como fileteado,[3] es decir como letra para mirar y no para leer, categoría en la que mi ciudad tiene tradición documentada («Dios me guía, yo manejo», trompa de colectivo, escuela clásica). Yo la miraba así, tal cual, con la salvedad de que un chico de siete años no distingue entre mirar y leer, distinción que a mí me llevó, cuentas hechas, unas tres décadas y este texto. El háček sobre la E de NÁMĚSTÍ me parecía un

adorno, un rulo del pintor.[4] Los acentos checos, que en rigor miden duración de vocales, me parecían acentos míos, de los de fuerza, y en consecuencia yo les daba fuerza, que era lo único que tenía para darles.

De donde se sigue, con una lógica que no me avergüenza porque era impecable dentro de sus premisas, que, leída con mi único idioma, la chapa decía una sola cosa con claridad total: MALÁ. Mala. Y aguda, porque el acento estaba ahí y algo había que hacer con él. No pregunté mala en qué sentido, ni para quién, ni desde cuándo, ni con qué grado de reincidencia. Tenía siete años, y la chapa no parecía dispuesta a ampliar la declaración.

El checo, me enteré de adulto y por Wikipedia —podría haber preguntado, sí; queda establecido dos párrafos más arriba que en esa casa no había a quién, y la objeción, por lo tanto, se archiva—, dice otra cosa. Malá Strana es el Barrio Chico, el Lado Menor, menor solo por comparación con la Ciudad Vieja de la otra orilla del río. Malá es el femenino de malý: chico, chica, sin carga moral de ningún tipo, cero antecedentes. El idioma entero está lleno de estas trampas para hispanohablantes distraídos,[5] de las que la mía no fue ni la primera ni la más grave, aunque sí, hasta donde llega mi relevamiento, la de mayor duración continua en servicio.

O sea que la chapa decía, con rigor casi notarial y desde el principio, PLAZA DEL BARRIO CHICO, indicación de tránsito perfectamente inocua, y yo pasé años —no meses: años, en plural y con dígito doble— leyéndole una amenaza.

La chapa, además, no trabajaba sola. Al lado, mirando desde la mesa, un pájaro de metal oxidado, esquelético, con costillas de varilla soldada, procedencia no registrada en acta alguna. Reténgalo. Lo digo en serio y sin ironía disponible: reténgalo, porque va a hacer falta en §5 y no pienso repetirlo ahí; una crónica es, entre otras cosas, un ejercicio de confianza en la memoria de trabajo ajena. En el hall: máscaras traídas de giras, de madera o de cuero o de un material intermedio entre ambos, con la expresión que tienen las máscaras cuando no las usa nadie, expresión para la que tampoco hay palabra y que igual usted acaba de reconocer. En los estantes, entre libros y objetos que no eran libros: calaveras y mariachis del Día de los Muertos, sonrientes por diseño, e.d. sonrientes de manera contractual. Y mi padre hablaba seguido del mar Muerto, un agua tan densa que no deja que uno se hunda, cosa que contaba como anécdota de viaje y también, creo, como consuelo, sin que quedara claro —sigue sin quedar claro; el expediente permanece abierto— para quién de los presentes. Nadie se sentó nunca a decidir que la casa iba a estar ambientada así. Fue pasando, objeto

por objeto, con esa lógica acumulativa y sin acta que después, por comodidad y a falta de mejor rótulo técnico, uno llama infancia.

En 2001 llamaba por teléfono desde Rumania. La voz llegaba con segundos de retraso satelital, de modo que los dos empezábamos a hablar a la vez, nos callábamos y volvíamos a empezar, como dos personas que se ceden el paso en una puerta y no pasa ninguna, símil que le pido que también retenga porque reaparece, con puerta física, en §7. El minuto costaba dos setenta y cinco.[6] El contenido de las llamadas era, por orden de aparición y sin edición posterior: (i) hacía frío; (ii) cocinaban una sopa; (iii) la sopa era enorme; (iv) la olla también; (v) era «tipo goulash pero más local», sintagma que no me ayudó a ubicarla en el mapa y que sigue siendo, a la fecha, mi definición de trabajo de Europa Central. Después venían los bosques, las catacumbas, sus fascinaciones góticas de siempre, en ese orden.

Llamaba desde el castillo de Vlad, mejor conocido como Drácula,[7] donde estaban filmando un videoclip. En esa misma gira pasó por Praga y dictaminó que era la ciudad más linda del mundo. No adjuntó fundamentos. No se los pedí. Éramos, en materia probatoria, una familia de trato directo.

Contexto, para el lector que lo necesite, que estadísticamente es casi todo lector: mi padre es Aníbal Rigozzi, guitarrista fundador de Los Fabulosos Cadillacs y, después, mánager de la banda y de Natalia Oreiro. Las fuentes no se ponen de acuerdo en cuándo dejó la guitarra: 1996, 1997 o 1998, según quién lleve el libro,[8] y acá «llevar el libro» todavía es metáfora contable; espere unas secciones y va a dejar de serlo.

Tu veneno, el disco de Oreiro,[9] se vendió en más de cuarenta países, Rumania y República Checa entre ellos. El videoclip de «Cómo te olvido» se filmó en 2001 en el castillo de Bran. Oreiro sube una escalera con un candelabro en la mano. Al final muestra los colmillos. Esa es, íntegra, la trama; la desglosé por si el desglose revelaba algo, y lo que reveló es que no había nada plegado. Lo he visto más veces que la protagonista, que ya sabía cómo terminaba, buscando en el fondo del plano a alguien que no está en el plano, actividad —buscar en el fondo del plano a alguien que no está— que, me doy cuenta recién ahora, al teclearla, describe también esta crónica, línea por línea.

Hace poco le pregunté por la chapa.

—La verdad que no sé.

Que en el idioma de mi padre equivale a una declaración jurada, con firma, sello y fojas. Le perdió el rastro en alguna remodelación. No especificó cuál. Yo no especifiqué por qué preguntaba. Quedamos, técnicamente, a

mano, que es —consta en autos— el estado civil permanente de nuestra relación.

§ 2. BERLÍN (ESTE), CON UNA DIGRESIÓN SOBRE UN DEPORTE QUE MI INFANCIA NO TUVO

A Berlín entré por el este. No fue una decisión política, aunque sé que enunciado así parece el desmentido de una decisión política, cosa que también habría que desmentir, y así al infinito; fue, lisa y llanamente, donde estaba el colchón. Mi amigo Leandro vive en Lichtenberg y me prestó por una semana el colchón de su oficina reconvertida en cuarto de huéspedes, reconversión que consistió, hasta donde pude auditar, en el colchón.

Fuimos compañeros de secundaria. Desde entonces es mi mejor sparring intelectual, sintagma que en la práctica quiere decir que discutimos por deporte, que nadie anota el resultado y que los dos vamos ganando, arreglo que recomiendo calurosamente y que no escala.

GeoGuessr, para el lector que lo necesite: un juego que lo deja caer a uno en un punto aleatorio de la cobertura fotográfica del planeta y le pide que diga dónde está. Eso es todo. Como todos los juegos verdaderamente serios, cabe en una frase y no se termina nunca. Leandro juega de fondo mientras trabaja, como yo corro partidas de ajedrez, con la diferencia —no menor; central, de hecho— de que él gana.

Le pregunté cuál había sido su mejor partida. Dijo que todas. No me pareció que exagerara; me pareció, más bien, que había entendido la pregunta mejor que yo. Vi las siguientes, y acá pido disculpas por lo que viene, pero hay espectáculos que no dejan alternativa léxica: verlo jugar es una experiencia religiosa, en el sentido técnico de asistir a algo que uno entiende completo y no puede explicar. Una partida la resolvió con un camino de tierra, pasto a los dos lados y cielo: dijo Paraguay, después dijo Yby Yaú, después se disculpó por la demora. Otra la resolvió con la imagen todavía cargando, e.d. antes de que existiera, en sentido estricto, la imagen. Otra la resolvió por una chapa de calle esmaltada, en un alfabeto que no lee, en menos tiempo del que yo llevo con la mía, que está en un alfabeto que sí. No hice comentarios. Estaba de visita, condición que exime de casi todo menos de mirar.

Lo que más me gustó de Berlín fue lo de afuera. Los interiores existen y son correctos; no tengo nada más para decir de los interiores, y el hecho de que esa frase parezca poca cosa es un problema de la frase, no de Berlín.

El Fennpfuhlpark, a un paseo del Ring: un lago chico, patos, un sendero que le da la vuelta, torres de paneles prefabricados por todos lados. Caminé alrededor del agua con miles de departamentos idénticos mirándome, experiencia que suena opresiva y no lo es: es el patio interno de una sola casa enorme. Los patos, supongo, pagan expensas.[10]

La Karl-Marx-Allee tiene ochenta y nueve metros de ancho, según la cifra que se repite y que verifiqué con el único instrumento de medición que llevaba encima, que eran mis piernas. Es una calle pensada para ser vista desde un palco, flanqueada por edificios con forma de torta de casamiento. Cruzarla lleva dos semáforos. En el medio hay tiempo de reconsiderar, y ese tiempo —el que sobra entre dos semáforos, el que uno pasa parado en el cantero central de una decisión— es, se irá viendo, la unidad de medida de todo este viaje.

La monumentalidad cansa a los diez minutos. El ancho, no. Es una calle hecha para desfiles, y sin desfile sobra casi toda, que es el estado en que la conocí y, sospecho, su estado natural. La Karl-Marx-Allee había sido antes la Stalinallee, la gran vidriera del socialismo, dos kilómetros de «palacios para obreros», algunos con azulejos de Meissen en las fachadas. Los obreros que los levantaban fueron también quienes empezaron la huelga del 17 de junio de 1953, que terminó con tanques soviéticos sobre la misma avenida que estaban construyendo. Cabían. Sobraba calle.

En noviembre de 1961, cuando tocó desestalinizar, retiraron en una sola noche el monumento a Stalin y las chapas de la Stalinallee. Los vecinos se acostaron en una calle y amanecieron en otra sin haberse mudado, que es la versión municipal de despertarse convertido en otra cosa (v. §5). La estatua de bronce fue trozada y fundida. Una de sus orejas, según asegura el Café Sibylle, en el número 72 de la misma avenida, terminó allí; el café había abierto en 1953 como lechería y hoy vende réplicas de la oreja en arcilla, e.d. copias de un fragmento de un original destruido, operación comercial que a esta altura del texto usted ya sabe clasificar sin mi ayuda: hipótesis (b), rubro souvenirs. De las chapas de la Stalinallee no queda constancia, detalle que, también a esta altura, usted ya sabe cómo me cae.

Una noche Leandro me hizo jugar una partida. Me dejaron caer en una avenida ancha, flanqueada de tortas de casamiento. Dije Moscú. El juego, que no discute, notificó: Karl-Marx-Allee, Berlín; error, 1.609 kilómetros; 2.914 puntos sobre 5.000. Son, conviértalo, 1.000,06 millas: erré por mil millas redondas, precisión que el juego no subrayó y que consigno yo, porque soy justo el tipo de persona que convierte sus errores a otras unidades

para ver si mejoran. No mejoran. Se vuelven memorables, que es peor. Es, de todo el viaje, el único documento que midió mi error con regla y me lo entregó en el acto, por escrito y sin instancia de apelación. La avenida la había cruzado esa misma tarde, a pie, con los dos semáforos y el tiempo de reconsiderar incluidos, y aun así dije Moscú, dato que dejo sin atenuantes porque los atenuantes, en este caso, agravan.

Después de una semana de ver a un ser humano ubicar cualquier punto de la superficie terrestre en menos de veinte segundos, me tomé el tren a Praga, ciudad que yo venía tratando de ubicar desde 2001 con todos los datos a la vista y sin la respuesta, situación que en GeoGuessr dura veinte segundos y en las familias, décadas. Tenía el nombre. Me faltaba, se verá, avanzar media cuadra.

§ 3. LA LIBRERÍA SIN NOMBRE (O CON NOMBRE SIN ASIENTO)

Descargar el libro que uno ya sabe que tiene que leer es logística. Dejarse elegir por un libro en una librería extranjera es adivinación, o superstición, o consumo con escenografía, según el grado de honestidad del informante, que en mi caso fluctúa por párrafo y del que esta frase es, precisamente, un pico. Gasté casi todos mis euros en libros usados, que después acarreé de ciudad en ciudad, cada vez más pesados, en una progresión que la física tenía prevista desde Newton y que yo fui descubriendo empíricamente, hombro por hombro. El tipo de cambio se mantuvo estable todo el viaje: entraba una antología, salía una camisa. Ninguna autoridad monetaria intervino. Cada ciudad me vendió su propia antología local en inglés, como se venden postales, con dos diferencias: las postales pesan menos y nadie pretende que uno las lea.

En Pštrossova —háček sobre la s, detalle que a esta altura ya estoy en condiciones profesionales de apreciar— había una librería de usados que no tenía nombre, o cuyo nombre no dejó asiento en mi memoria, que a los efectos de esta crónica es lo mismo y a todos los demás efectos también. Atendía un muchacho awkward[11] de una manera que me tranquilizó de inmediato. Podría haber sido yo en otra vida, o en esta con otro pasaporte. Nos reconocimos como dos ejemplares de la misma especie y, en consecuencia, evitamos escrupulosamente el contacto visual durante el resto de la transacción, por respeto.

Le pedí algo regional. Algo que no se consiguiera en ningún otro lado. Algo para presumir después en Buenos Aires. Lo dije más o menos así, en un inglés que también era usado. Se puso nervioso. Miró los estantes. Me

ofreció a Kundera y a Škvorecký como equivalentes, que es lo que se ofrece, del modo en que en ciertos restaurantes se ofrece la mesa junto a la ventana: no porque sea la mejor sino porque es la que se ofrece.

Salí con otra cosa: Trenes rigurosamente vigilados, de Bohumil Hrabal, en una edición inglesa de bolsillo con el lomo ya quebrado por otro lector que, en ese momento, me llevaba ventaja. Los subrayados terminan en la página cuarenta y uno. El último marca la escena en que el jefe de estación les sigue hablando a sus palomas porque son las únicas que jamás lo interrumpen. Ahí lo alcancé. No sé si abandonó la lectura o si a partir de esa página estuvo de acuerdo con todo; consta, al menos, lo último que suscribió, y llevar constancia de lo último que alguien suscribió es, técnicamente, un oficio (v. §8, donde el oficio recibe nombre y calle).

Parece una novela chica y cómica, y lo es, con el siguiente asterisco, que le pido leer completo: la gente sigue trabajando, chismeando, comiendo, enamorándose, masturbándose y preocupándose por ridiculeces perfectamente humanas mientras alrededor pasa la guerra, que no es la parte cómica. El asterisco, como se ve, es más grande que la frase que lo lleva. Suele pasar. Es, de hecho, el modelo estructural de casi todo lo que vale la pena.

Hrabal tenía un doctorado en derecho que no usó nunca, en el sentido en que no se usa un paraguas que igual se carga. Trabajó en la siderurgia, de corredor de comercio, y cuatro años prensando papel viejo en un depósito de reciclaje, oficio del que salió Una soledad demasiado ruidosa, la novela de un hombre que compacta libros prohibidos durante treinta y cinco años y les toma cariño en el instante mismo de destruirlos. Yo acarreaba antologías por Europa Central a razón de una camisa por ciudad; Hrabal prensó cuatro años. Cada uno rinde el peso de los libros como puede, y la escala no es comparable, y la anoto igual, porque anotar comparaciones improcedentes es otra manera de rendirlo. Inventó además una palabra, pábitel, para la gente que narra de más, palabra que no existe en ningún otro idioma y que funciona precisamente por eso, y que usted, llegado a este punto, y no otro, de la presente frase, ya sabe a quién se aplica.

La traducción es de Edith Pargeter, que bajo otro nombre, Ellis Peters, escribió veinte policiales sobre un monje medieval.[12] Ni la traductora ni la librería operaban con su nombre. Empezaba a parecer un requisito del rubro. Yo lo cumplía sin proponérmelo: en Praga me presentaba como hijo de, que es un nombre con la aclaración abajo, en cuerpo menor.

Hrabal murió en 1997 al caer del quinto piso de un hospital de Praga. La versión oficial dice que estaba alimentando palomas. La versión oficial, nótese, es la buena, y no todos los expedientes pueden decir lo mismo.

§ 4. SIN CÁMARA (BENJAMIN, DOS VECES)

No llevé cámara y me arrepiento con una intensidad que fluctúa según la hora del día, con pico verificable a las 19.40, hora local de la luz que se va. Quedaron los anteojos como única herramienta de registro, con una ventaja epistemológica considerable: lo que vieron no se puede compartir ni verificar. La desventaja es la misma, palabra por palabra, y esa coincidencia total entre ventaja y desventaja es, hasta donde llego, la definición más honesta disponible de viajar solo.

En un patio —nádvoří, dice el diccionario: el patio interno de un edificio, no el de una casa, distinción que el diccionario consideró necesaria y yo también, porque las distinciones que uno considera necesarias son la mejor biografía disponible de uno—[13] leí un cuento que Benjamin empezó de adolescente y no terminó.

Un mercader vive en la casa más antigua y más grande de un callejón angosto, tan vieja que los edificios de alrededor tienen que apoyarse unos en otros para seguir en pie, cosa que en Praga no hace falta imaginar porque se ve desde cualquier patio, incluido aquel. Vive con una nena de ocho años cuyo origen nadie conoce y que nadie, dentro del cuento, se ocupa de averiguar, omisión que el cuento registra sin escándalo y que yo, lector con expediente propio en materia de no preguntar, registré con algo incómodamente parecido al reconocimiento. Una vez que el mercader sale de la ciudad por negocios, le entrega a la nena un manojo de llaves y le dice que ya tiene edad para hacer en la casa lo que quiera. Menos subir.

El mercader se va. La puerta de calle da un portazo que, en cierto sentido, se sigue escuchando. La nena se queda parada junto a la escalera, mirando el manojo. Ahí el manuscrito se interrumpe. Benjamin nunca llegó a escribir la habitación prohibida: dejó a la nena con las llaves en la mano, al pie de la escalera, y ahí sigue, hace más de cien años, que es más tiempo del que ningún personaje debería pasar en un descanso. El mercader salió por negocios en el primer párrafo y no hay constancia documental de que haya vuelto. Es lo que tienen los negocios.

Benjamin cruzó los Pirineos a pie en septiembre de 1940, con un maletín negro que no soltó en toda la subida —el dato es de Lisa Fittko, que

guiaba al grupo— y del que llegó a decir que contenía un manuscrito más importante que él mismo. Nadie le pidió que lo abriera: era una subida, y en las subidas rige otro protocolo. En Portbou les avisaron que iban a ser devueltos a Francia. Esa noche Benjamin tomó morfina. Murió. Al día siguiente dejaron pasar a los demás. Las tres últimas frases van sin adjetivos porque los probé todos y todos molestaban.

El inventario policial registró, por este orden o por otro: un maletín de cuero; un reloj de hombre; una pipa; unos anteojos; seis fotografías; algo de dinero; cartas; periódicos; una radiografía. El manuscrito no figura. Los inventarios son el género literario que menos miente y el que más omite, dos títulos que, contra lo que uno esperaría, no se excluyen: se necesitan.

En el registro civil entró como católico y con el nombre dado vuelta: Benjamin Walter. Con ese nombre lo enterraron en la parte católica del cementerio, y a ese nombre le facturó el Hotel de Francia, ítem por ítem: cuatro días de estadía; cinco gaseosas de limón; cuatro llamadas telefónicas; el amortajamiento; la desinfección del cuarto; el blanqueo del colchón. El médico cobró setenta y cinco pesetas por atender al viajero Benjamin Walter, que para entonces ya no era, en sentido estricto, ninguna de las dos palabras.

Hannah Arendt llegó unos meses después a buscar la tumba y no la encontró: en ningún lugar, le escribió a Scholem, estaba su nombre, formulación que en el contexto de esta crónica ya casi ni necesita glosa. En la misma carta figura el cementerio: tallado en terrazas sobre una caleta del Mediterráneo, con los ataúdes metidos en los muros de piedra, uno de los lugares más hermosos que vio en su vida, dice, y la belleza del lugar y la ausencia del nombre comparten carta sin que ninguna de las dos ceda. En septiembre de 1945 venció el alquiler del nicho y los restos pasaron a la fosa común, porque hasta la eternidad, administrativamente hablando, se contrata por períodos renovables.

En Portbou hay un memorial de Dani Karavan. Alemania lo encargó para el centenario del nacimiento, en 1992, pero la plata se retiró y hubo que juntarla de nuevo; se inauguró en 1994, dos años tarde, que para el rubro memorial es llegar temprano. Es un túnel de acero oxidado clavado en diagonal en el acantilado; adentro, la escalera baja hacia un rectángulo de mar que crece escalón a escalón hasta ocupar todo el marco. Antes del final hay un vidrio. Tiene grabada una frase de Benjamin —«Es más difícil honrar la memoria de los anónimos que la de los célebres»— y tiene una función, que es la parte que ningún resumen transmite y que por eso trans-

cribo con la sintaxis más seca de que dispongo: se puede bajar hasta ahí. No se puede seguir.

§ 5. EL MUSEO (ENTRADA POR EL PATIO, SALIDA POR LA TIENDA)

Al museo de Kafka se entra por un patio y se sale por la tienda. El orden no es negociable: lo fija la arquitectura, que es la forma que encontró el comercio de no tener que discutir, y que —conviene reconocerlo, aunque duela en el gremio de los que discutimos— discute mejor que casi todos nosotros.

Cihelná quiere decir ladrillería. El museo funciona en una ex fábrica de ladrillos de Malá Strana —barrio que a esta altura de la crónica ya sabemos, usted y yo, y lo sabemos juntos, que no es malo—, y el dato de los ladrillos lo registré recién a la salida, porque adentro no hay un solo ladrillo a la vista.[14]

En el patio hay una fuente. Dos hombres de bronce, articulados a la altura de la cadera, mean sobre un estanque con la forma concreta, catastral, del país. Son autómatas. Escriben con el chorro. El autor se llama David Černý, apellido que en checo quiere decir Negro,[15] con lo cual el expediente de los nombres de esta crónica suma otro empleado en doble turno. Durante años los meones escribieron citas de escritores praguenses y también lo que cualquiera les mandara por mensaje de texto, sin distinguir entre las dos categorías, lo que constituye, hasta donde sé, la teoría literaria más ecuánime jamás implementada en bronce. Nadie los mira más de un minuto, porque hay que sacarse la foto y entrar. Yo los miré tres, por falta de cámara, que resultó ser la manera más barata que existe de triplicar la atención.

La exhibición se vende como inmersiva y probablemente lo sea: adentro está oscuro de un modo administrado, con salas negras y archiveros de metal cuyos cajones se abren y brillan por dentro. En todo el edificio no hay un solo original: todo es facsímil, y cada facsímil llega además con su línea de crédito —cortesía del archivo de Marbach, cortesía de la Bodleiana, cortesía de tal fondo—, de modo que estamos ante un museo que pide prestadas hasta las copias. Kafka pidió que no quedara nada. Quedaron copias. Con agradecimientos. Los dos meones del patio, según consta, sí son originales, segunda ventaja que se suma a la incontinencia.

Una de las cartelas dice: CIVIL SERVANT AND ARTIST. En ese orden. Alguien lo pensó, lo redactó, lo elevó, se lo aprobaron y se imprimió: cadena de cinco verbos que ocurrió, presumiblemente, en horario de oficina, y que el homenajeado habría entendido mejor que nadie en la historia de las cartelas, porque era, ni más ni menos, la suya.[16]

Porque durante los días hábiles de su vida Kafka tasó accidentes de trabajo en una aseguradora, con un horario de ocho a dos elegido expresamente para poder escribir de noche. Entre sus informes conservados hay uno sobre máquinas cepilladoras de madera, ilustrado con dibujos de manos mutiladas clasificadas según el tipo de eje. La conclusión técnica es que el eje cilíndrico de seguridad no arranca los dedos: apenas los lastima. Esa es, íntegra, la buena noticia del informe. La mala noticia ocupa el resto de la obra completa.

Frente a una vitrina me quedé más de lo razonable, unidad de tiempo que en los museos se mide en espaldas ajenas acumuladas contra la propia. La primera página de Carta al padre, 1919. La letra apretada, inclinada, en un alemán que no leo, e.d. otra chapa. Abajo, la cartela traduce la primera línea, que consigna que el padre le preguntó hace poco por qué el hijo sostiene que le tiene miedo. Es la primera línea de una carta y también la de un expediente: hecho, fecha aproximada, cargo. Falta el acuse de recibo. Sigue faltando.

Al costado, otra cartela explica que kavka, en checo, es grajilla, un pájaro, y que el padre de Kafka usaba ese pájaro como emblema de su negocio. Leí eso y pensé —usted ya sabe en qué pensé, porque se lo hice retener en §1, y este es el momento para el que lo retuvo, ni un párrafo antes; gracias por el servicio— en el pájaro de metal oxidado atornillado al lado de la chapa, procedencia no registrada, costillas de varilla soldada, mirando desde la mesa.

En otra vitrina estaba la tapa de la primera edición de La metamorfosis. Un hombre en bata se tapa la cara frente a una puerta abierta. Nadie sabe si es Gregor, el padre o el lector, terna que tiene la elegancia de no excluirme. Detrás de la puerta no se ve nada. Kafka había pedido a la editorial que el bicho no apareciera en la tapa, ni siquiera de lejos, y propuso a cambio una puerta abierta hacia una habitación a oscuras. Es uno de los pocos pedidos suyos que se cumplieron. Consistía en no mostrar nada. Anote la proporción; yo la anoté.

Ante la ley estaba expuesto y lo releí ahí, parado, con la espalda de otro visitante contra la mía. Me acordaba mal, que es la manera en que me

acuerdo, v. esta crónica passim. El hombre del campo sí soborna al guardián: le da todo lo que tiene, y el guardián acepta cada cosa aclarando que la toma solo para que el hombre no crea que dejó algo sin intentar. Un asiento por cada intento, para que el debe quede prolijo. El guardián lleva los libros como los llevaba el autor, de ocho a dos. La puerta, además, estaba destinada solo a él. Se lo informan al final, junto con el cierre, que es cuando se informan las cosas.

Kafka dejó instrucciones escritas para que sus manuscritos fueran quemados sin ser leídos. Max Brod incumplió las dos cláusulas, y en orden inverso al esperable: primero los leyó, después no los quemó. En marzo de 1939, la noche anterior a que los alemanes cerraran la frontera, Brod salió de Praga en el último tren con una valija llena de papeles de Franz. La valija llegó a Tel Aviv. Las valijas de esta crónica, en general, llegan; los maletines, no; la diferencia entre valija y maletín es, por lo tanto, la más importante del texto y no pienso desarrollarla.

Al salir pasé por la tienda, porque —queda dicho— no hay otra salida. La tienda vende llaveros. Me llevé un cenicero con el casco antiguo ilustrado. Es lo más cerca que el museo permite llegar, hoy por hoy, a las instrucciones del autor, y ya se verá (§8) que le doy un uso conforme.

§ 6. LA COMPRA (INSTRUCCIONES DETALLADAS PARA UN DELITO QUE NO COMETÍ)

Quería una chapa como la de mi padre. No una parecida: una como esa, distinción que parece menor y que iba a ocuparme una tarde entera y, bien mirado, esta crónica y, peor mirado, un porcentaje de la vida que prefiero no calcular con los seis decimales de los que, se verá enseguida, soy capaz.

En Praga resultó ser un pedido exótico. Nadie sabía dónde se compraba una chapa de calle. Todos, en cambio, sabían cómo se conseguía: robándola. El dato me lo dieron varias personas independientes entre sí, con seriedad municipal y buenos deseos, como quien explica un trámite, y con nivel de detalle creciente, a saber: (i) uno especificó el tipo de destornillador; (ii) otro, la franja horaria recomendada, que no consigno, por si le sirve; (iii) una señora mayor me desaconsejó puntualmente la chapa de Malostranské náměstí, que según ella tiene cámara, ahorrándome en una sola frase la multa y el regreso literal a la infancia, dos costos de los cuales el segundo era, por lejos, el mayor. Nadie puso en duda mis aptitudes para el delito. Fui el único.

Los anticuarios estaban todos metidos en pasajes estrechos, como si el rubro entero hubiera acordado esconderse de sus clientes para verificar cuáles valían la pena. Al último no lo ubicaba ni Google Maps. Reboté entre direcciones y coordenadas que no correspondían a nada hasta que lo busqué como se busca en GeoGuessr: comparando fotos con esquinas, avanzando media cuadra, haciendo zoom en un cartel. Leandro lo hubiera encontrado en veinte segundos. Yo tardé una hora, con la ventaja de estar ahí, ventaja que, hecha la cuenta, rinde un factor de 180 en mi contra.

Era una madera dentro de un túnel. En algún momento llegó el dueño en bicicleta, descorrió la madera y apareció una ratonera: había que entrar casi agachado, cuidando de no voltear nada de lo que había adentro, que era todo.

Tenía un lote chico de chapas. Cuatro decían MALÁ STRANA. Dos, STARÉ MĚSTO. Una, JOSEFOV. Otra, NOVÉ MĚSTO. Elegí como leía a los siete años: primero el sonido, después —bastante después— el significado. ZLATÁ ULIČKA, y abajo, en cuerpo menor, como corresponde y como siempre: MALÁ STRANA.

Cuando la traduje, quedé convencido. Convencido es el estado previo a averiguar, y quede la definición asentada porque es de las pocas de este texto con validez general. El Callejón del Oro: la calle de los alquimistas de Rodolfo II, la de la casita 22 donde Kafka escribió de noche los cuentos del invierno de 1916, la calle donde Meyrink puso la puerta a la otra Praga, la segunda ciudad.[17]

Le conté al vendedor la historia de la chapa de mi padre, versión abreviada, sin notas, formato del que este texto, como salta a la vista, no es capaz. Me escuchó sin apuro, apoyado en la bicicleta, con la atención de quien cobra por objeto y no por hora. Después dijo:

—En veinticinco años volvemos a vernos.

Es la cita más formal que tengo agendada y la única a la que pienso llegar puntual. Para 2051, si los dos mantenemos la agenda y la respiración, dos rubros que conviene no dar por descontados y que anoto por separado porque fallan por separado. Anoté también las coordenadas, por si el túnel se muda: 50.086142 N, 14.419378 E. Seis decimales: cinco más de los que Leandro necesita y uno menos de los que me habrían hecho sentir, por fin, seguro.

De Praga me fui en tren, desde Holešovice, sudado por una hora y media de caminata en subida, con la chapa contra la espalda, dentro de la mochila pero orientada hacia afuera, legible para el que viniera atrás, que fue,

técnicamente, el primer público que tuvo la chapa en su primer día de trabajo para mí. El rubro de una chapa, conviene recordarlo, es ser leída por gente que no sabe del todo qué está leyendo. Arrancó cumpliendo.

Hay dos explicaciones posibles para las chapas de aquel lote, y usted ya conoce la numeración. Una: que Praga cambia las placas cuando cambia los nombres de las calles, y las viejas terminan en lotes como aquel. Dos: que alguien las fabrica para gente como yo. La segunda es más probable, entre otras cosas porque yo existo y estoy relevado. Quizá la de mi padre también era una réplica. Sería lo segundo que las dos chapas tienen en común. Lo primero, como consta arriba, en cuerpo menor, es el barrio.

§ 7. BERLÍN (OESTE), CON HERMANA

Volví a Berlín por el oeste. Mi hermana Nina vive en Sächsische Straße, en un barrio de viejos, que no es una descripción sino una categoría inmobiliaria: lindo, silencioso, y donde a nadie le importa lo que hagas, tres prestaciones que un barrio de viejos ofrece a cambio de una única contraprestación, a saber, ser un barrio de viejos; el contrato, mirado con la frialdad actuarial que merece, es de los mejores disponibles en el mercado. El jardín de su edificio se continúa en un parque público sin mediación de reja: hay, simplemente, un cambio en la altura del pasto, que es la manera más civilizada que vi en mi vida de decir «hasta acá», y créame que la estuve buscando, en varios idiomas y durante años.

La calle está bautizada, desde 1892, por el Reino de Sajonia, que dejó de existir en 1918, de modo que la calle homenajea desde hace un siglo a un remitente que ya no existe, situación ante la cual las chapas de esta crónica empiezan a parecer menos una serie de casualidades que un género con reglas. Y en el número 67 vivió, de 1921 a 1923, la familia Nabokov, cuando Wilmersdorf era el centro de la colonia rusa emigrada y al barrio le decían Charlottengrado. El hijo, Vladimir, escribió ahí sus primeras cosas bajo el seudónimo Sirin; décadas después se tradujo a sí mismo al inglés, memoria incluida, operación de la que esta crónica es, a su escala y sin comparar, otro caso. Cazaba mariposas en el Grunewald, el mismo bosque donde Benjamin aprendió el arte de perderse, coincidencia que no administro yo sino el catastro.

Dormí una semana en el sofá cama de su living, que es lo que el oeste tiene en lugar del colchón de oficina; las conclusiones geopolíticas corren por cuenta del lector, yo dormí bien en los dos, y esa es toda mi geopolítica, y la sostengo.

Nina practica artes marciales y hace cerámica. Fabrica figuras de anime furry y las pinta a mano: una fauna tipo Zootopia pero vestida de skater. Las que no vende quedan en un estante, mirando el living con la expresión que tienen las máscaras cuando no las usa nadie. Es de familia. La ambientación acumulativa y sin acta, quiero decir, también.

Para mi hermana hace falta una palabra que no existe y que precisamente por no existir sirve: harlequeen. El arlequín, averigüé —porque este viaje me dejó, entre otras secuelas, la de averiguar—, empezó siendo un demonio que guiaba una procesión de almas por los caminos medievales, y recién después lo degradaron a payaso, o lo ascendieron, según el gremio que lleve el libro; a Nina el pedigrí le llega por el mismo proveedor que las máscaras del hall y las calaveras de los estantes. La mitad de los lectores va a oír Harley Quinn y no pienso corregirlos: todas las chapas de esta crónica fueron leídas mal al llegar, y a ella le fabriqué una que llega leída mal de fábrica, con el malentendido de serie y la garantía incluida. Una palabra que no está en ningún idioma no tiene original del que ser copia: es el único objeto de todo este inventario formalmente exento de las hipótesis (a) y (b), y fabricarlo me llevó tres países. Tiene, por ahora, una sola lectora.

De día, en el parque, los conejos saltan y los zorros circulan con una despreocupación de Disney que debería haberme hecho sospechar, porque la despreocupación, en la naturaleza como en las familias, es siempre presupuesto de otro. De noche se escuchan gritos. Son los zorros, cazando, anoté entonces, con esa seguridad de cronista que —quedó definido en §6 y no pienso desperdiciar la definición— es el estado previo a averiguar. A la mañana los conejos y las ardillas están de vuelta, como si nada hubiera pasado. Retenga también esto: se corrige más abajo,[18] porque este viaje me dejó la costumbre de averiguar tarde, y esta crónica, la cortesía de avisarle a usted puntualmente cuándo.

Con Nina fuimos al Teufelssee, en el Grunewald. Ella se quedó sentada; yo me metí. El Teufelssee, a diferencia del mar Muerto de las anécdotas paternas, deja que uno se hunda, prestación que no figura en ningún folleto y que es, revisado todo el mercado, la más honesta. Había jubilados por todas partes, en cueros. Entre celulitis, panzas y tetas colgantes de procedencia certificadamente local, mi cuerpo dejó de llamar la atención, cosa que no le pasa seguido y que agradeció a su manera, que es temblar. Nadé boca arriba hasta un flotante, repleto de pájaros estacionados, e.d. otro lote.

El lago queda al pie del Teufelsberg, que no es una montaña sino una pila. Entre 1950 y 1972, Berlín Oeste volcó ahí unos veintiséis millones de metros cúbicos de ciudad bombardeada, encima de una facultad militar nazi que resultó más fácil enterrar que demoler; la taparon con lo demás y le pusieron Berg, que quiere decir montaña, o sea que la ciudad hizo con el edificio lo mismo que esta crónica hace con casi todo: le atornilló una chapa encima. Arriba, los norteamericanos montaron después una estación de escucha para espiar el este. Tres capas de siglo XX apiladas en orden de llegada. La estratigrafía se visita con entrada, que viene a ser la cuarta capa.

En el sofá cama leí Infancia en Berlín hacia 1900. Benjamin lo escribió en el exilio, de memoria, que era lo que tenía. Empieza estableciendo que perderse en una ciudad, como quien se pierde en un bosque, es un arte, y que los artes requieren aprendizaje. De chico vivió en el Grunewald: el bosque del arte de perderse era este, el del lago, el de las mariposas de Nabokov, el del fondo de esta página. Murió en Portbou en 1940, antes de los bombardeos cuyos escombros hicieron después la colina; nunca vio las ruinas con las que fabricaron la montaña. Yo lo leía en el oeste reconstruido, con las ruinas bastante más cerca de lo que creía, que es la posición estándar del lector respecto de las ruinas. La versión que hoy se lee del libro había sido escondida por Georges Bataille en la Biblioteca Nacional de Francia cuando cayó París, y apareció recién en 1981, cuando Giorgio Agamben la encontró revisando los papeles de Bataille, buscando otra cosa, que es como se encuentra.

El último día fuimos a comer sushi a Friedrichshain, o sea al este, por donde había entrado: el viaje, como las oraciones bien armadas, terminaba donde había empezado, con la sintaxis cambiada. Nina no prueba restaurantes nuevos: administra un circuito de lugares comprobados —«nosotros acá venimos siempre»—, donde nosotros es la casa entera e incluye, retroactivamente, a cualquiera que ella decida que siempre vino. Esa noche me incluyó.

Pero antes de entrar nos metimos en un fotomatón. De los analógicos: cuatro flashes y después la máquina revela a oscuras, con química de verdad, las fotos que el cartel llama instantáneas, palabra que la máquina se ocupa de desmentir durante varios minutos, húmedos y con olor a fijador. En la primera foto posamos. En la cuarta ya no. La máquina no guarda negativo. La tira es un original único, sin hipótesis (b) posible, y salió por una

ranura, como los tickets, porque los originales, cuando por fin aparecen, no avisan que lo son.

En la puerta del restaurante nos cedimos el paso los dos a la vez, nos trabamos, volvimos a empezar: la coreografía calcada de la que yo había ensayado por satélite en 2001 (q.v. §1), lo que sugiere que en mi familia es congénita y que solo cambia el ancho de banda. La carta estaba en alemán y decía cosas en japonés, e.d. era bilingüe en dos idiomas que no eran los nuestros, situación que a esa altura del viaje me pareció normal, dato que anoto porque mide algo. El sushi era vegano. Lo que llegó figuraba en la carta, con esa precisión de la que la memoria es incapaz y las cartas no, como «Avocado-Sake-Maki (vegan), 8 Stück, 9,50». Nina pidió por los cuatro sin consultarme, y yo, que me gano la vida eligiendo palabras, señalé una foto, subordinación profesional que doy por correcta. Hubo sopa. Chica, de miso, que llegó antes que todo lo demás, hirviendo y sin demora, con lo cual el expediente de las sopas de esta familia (q.v. §1: enorme, remota, con retardo satelital y a dos setenta y cinco el minuto) incorporó su segundo asiento, simétrico y en contrario.

Una vez, hace meses, le dije que no la extrañaba. Me acuerdo del lugar donde lo dije, coordenadas incluidas. Es lo que tienen las declaraciones falsas, y lo digo con conocimiento técnico y experiencia comprobable en el rubro: dejan coordenadas.

En algún momento del viaje empecé a decirle cuñado al esposo de Nina. Es la única palabra nueva que traje en mi propio idioma, y la más barata de todo el viaje: costó cero euros y varios años.

Mi hermana es mi otra mitad. Verla feliz me hizo feliz. Sé exactamente cómo suena esa frase: suena a taza regalada, a estampita, a todo aquello de lo que la gente de mi oficio se pasa la vida huyendo mediante notas al pie. La dejé reposar. Probé variantes con subordinadas, con ironía, con estadística; todas eran más inteligentes y ninguna era cierta, y una prosa que no puede decir una frase de taza cuando la frase de taza es verdad es una prosa a la que todavía le falta valor, no oficio. Así que la dejo como está, sin escolta: la verdad suena así, como la cuarta foto de la tira, la que salió cuando ya nadie posaba.

§ 8. SERRANO (CIERRE DEL EXPEDIENTE, SIN CIERRE)

Vivo en Serrano. Unas cuadras más arriba, la calle deja de llamarse así: el tramo de Palermo se llama, oficialmente, Jorge Luis Borges, y las chapas de

ese tramo aclaran, en esmalte oficial y cuerpo menor, «ex Serrano». La plaza que absolutamente todo el mundo llama Serrano se llama, oficialmente, Plazoleta Julio Cortázar. Cortázar, dicho sea de paso y para que el desajuste quede completo, no fue vecino: se crió en Banfield y murió en París. Doble desajuste, cero conflicto, que es el arreglo urbano más maduro que conozco y del que las parejas tendrían algo que aprender.

En Praga los vecinos me aconsejaban robar una chapa, con instrucciones, herramienta y horario. Acá es la ciudad la que roba calles enteras para dárselas a sus escritores,[19] y la gente, que no lee chapas, sigue usando el nombre viejo, de modo que el robo, estrictamente, no prospera: prescribe por desuso del botín, figura que no está en ningún código y que debería.

La chapa la atornillé cerca de la puerta de entrada, a la altura de mis ojos, que es la única altura de la que dispongo actualmente. Los lectores de siete años tendrán que estirarse, o traer banquito. Por ahora no hay inscriptos, y la lista de espera, como casi todo en esta casa, es especulativa.

Mi casa está llena de cuadros y parafernalia, y la chapa quedó al lado de un pizarrón, de una monstera y de unos globos con temática de Sirenita que cuelgan desde mi cumpleaños, hace seis meses, ya a media asta, e.d. en ese estado intermedio entre festejo y constancia que los globos alcanzan cuando nadie decide bajarlos. Nadie planeó esta constelación tampoco. Es menos coherente que la de mi padre, o coherente de otro modo; para que alguien la llame infancia falta, como consta dos párrafos más arriba, el inscripto.

El cenicero del museo está en uso activo. Kafka pidió que quemaran todo. Es la única instrucción suya que cumplo, en dosis chicas, todas las noches, sin leer antes lo que quemo, lo que constituye —dicho sea con toda justicia y con la contabilidad a la vista— más de lo que hizo Brod. Mis propios papeles no corren riesgo: todavía no encontré a quién dejarle la instrucción de desobedecerme, búsqueda que, bien mirada, es el único testamento serio que existe, y sigue vacante.

Borges vivió de chico en Serrano 2135 y puso el nombre de la calle en un poema, junto con los otros tres lados de la manzana: Guatemala, Paraguay, Gurruchaga. A mediados de los noventa, la ciudad le agradeció el gesto sacándole el nombre a la calle y poniéndole el suyo, operación que Borges ya no estaba en condiciones de objetar, condición —la de no poder objetar— que comparten, por definición y sin excepciones registradas, todos los homenajeados del rubro. La manzana del poema dejó de existir en el catastro y pasó a existir únicamente en el poema, como mi Zlatá ulička

sin alquimistas: dos direcciones perfectamente reales a las que ya solo se llega leyendo, y leyendo mal, que es —quedó demostrado a lo largo de ocho secciones y diecinueve notas— como se llega.

En cuanto a las hipótesis (a) y (b): siguen abiertas. El expediente no cierra. Los expedientes serios no cierran nunca; se archivan, a la altura de los ojos, cerca de la puerta.

NOTAS Y ERRATAS

1. Las notas van todas juntas acá al final, decisión que tomé (i) por fidelidad a cierto maestro del género que las ponía ahí, deliberadamente ahí, para que el lector tuviera que viajar hasta el fondo del texto y volver, ida y vuelta, como quien cruza una avenida demasiado ancha (q.v. §2), y (ii) porque una crónica sobre leer mal una chapa merece un aparato crítico que también se lea a destiempo. Puede saltearlas. No se lo recomiendo. Tampoco se lo recomiendo con demasiada energía, porque la experiencia indica que recomendar algo con demasiada energía es la manera más eficiente que existe de conseguir que no se haga.

2. Distancia estimada a ojo, dos veces: primero por el nene de siete años que la miraba desde la mesa, después por el adulto que la reconstruye de memoria, y las dos mediciones coinciden, lo que debería tranquilizar y no tranquiliza, porque los dos peritos son la misma persona. La chapa —espóiler que no arruina nada; v. final de §1— ya no está donde estaba, de modo que la cifra es formalmente irrecuperable y usted va a tener que confiar en mí, cosa que le recomiendo hacer, en general y a lo largo de todo este texto, con moderación, dosificación que de paso recomiendo para todos los textos.

3. El fileteado nació en los carros de reparto, y la historia que cuentan los propios fileteadores es notable y verificable solo a medias, combinación que en este texto funciona como certificado de autenticidad: había un impuesto municipal sobre las letras grandes, así que los pintores las hicieron chicas y las rodearon de firuletes hasta que el adorno pesó más que el texto. El cuerpo menor, en mi ciudad, empezó siendo una estrategia fiscal; téngalo presente cada vez que en esta crónica aparezca la expresión «cuerpo menor», que es seguido. En 2015 la UNESCO lo declaró patrimonio inmaterial de la humanidad, con expediente y número de inscripción, que es la manera que tiene la humanidad de ponerle una chapa a una chapa, gesto que la humanidad repite bastante más de lo que admite.

4. Háček: el ganchito ˇ que el checo pone sobre ciertas consonantes y alguna vocal para cambiarles el sonido. El nombre quiere decir, literalmente, «ganchito», e.d. la lengua checa bautizó al signo con la palabra que el nene de siete años habría elegido, dato que uso desde entonces como prueba de que aquel nene no estaba tan errado sino apenas sin acreditar. A los siete años lo clasifiqué como firulete, o sea como fileteado (v. nota 3), clasificación errónea en todos los planos salvo en el funcional, que era el plano donde yo vivía.

5. Muestrario mínimo, tres ítems, escalados por gravedad: pan Kafka no es un alimento sino el señor Kafka; ano quiere decir sí; y en la calle ano se abrevia no, de modo que en checo coloquial no quiere decir sí. Un idioma que le dice que sí a uno con la palabra con la que uno dice que no está, me parece, estructuralmente preparado para tratar con mi familia, y viceversa.

6. En 2001 eso eran también dos dólares con setenta y cinco, por una paridad uno a uno a la que le quedaban meses, cosa que ese año todo el mundo sabía y nadie decía, o decía y nadie escuchaba; el orden de los factores sigue en litigio. Una moneda que valía lo mismo que otra por decisión escrita es, si se lo piensa, una chapa con los colores del original: hipótesis (b) a escala nacional, con fecha de vencimiento y sin cámara que la protegiera.

7. Averigüé tarde, como todo lo de esta crónica —el retraso en averiguar es, a la vez, el método y el defecto del método, y no encontré manera de quedarme solo con una de las dos cosas—, que la relación de Vlad con ese castillo es tenue: a lo sumo pasó, quizá preso, no consta cuánto. Y que Stoker no pisó Rumania en su vida. El castillo de Drácula es Drácula por decisión del turismo, es decir: una chapa con los colores del original. Hipótesis (b). Ya vamos a volver. Esta crónica, como habrá notado, vuelve.

8. Tres fuentes, tres años: 1996, 1997, 1998. Promedio: 1997, cifra que no afirma ninguna de las tres fuentes y que por eso mismo es, estadísticamente hablando, la más honesta de las cuatro.

9. Muñeca brava la había vuelto un fenómeno en Rusia, donde la llaman Natasha, diminutivo de un nombre que no es el suyo. Veinte años después de aquella gira, en 2021, un decreto presidencial ruso le otorgó la ciudadanía, a ella y a su hijo, Merlín Atahualpa, nombre que junta un mago galés con un inca y que desde ese día es, oficialmente, ruso. Ella declaró que era un honor simbólico y que no pensaba mudarse. Recapitulando, porque el párrafo lo exige: una uruguaya que les cantaba en castellano a los checos, rusa por decreto, bajo un diminutivo ajeno. El censo quedó chico antes de empezar, y no da señales de recuperación.

10. Expensas: cuota mensual que los propietarios de un edificio argentino pagan por el mantenimiento de las partes comunes. La palabra alemana existe: averigüé, porque a esa altura ya estaba en tratamiento. Se llama Hausgeld y tiene ocho letras, las mismas que expensas, coincidencia que no significa absolutamente nada y que igual consigno, porque en esta crónica lo que no significa nada trabaja tiempo completo y con presentismo perfecto.

11. Dejo awkward en inglés porque «torpe» dice menos, «incómodo» dice otra cosa y «tímido» directamente miente, y porque el inglés en el que nos comunicábamos también era usado: de segunda mano, con el lomo quebrado y subrayados de dueños anteriores, e.d. la edición del idioma que esa transacción en particular exigía.

12. Fray Cadfael: monje benedictino y detective, veinte novelas, éxito considerable. La misma mano tradujo del checo a Hrabal y armó crímenes medievales bajo seudónimo, sin que ninguno de los dos oficios figurara jamás en el mostrador del otro. El seudónimo, además, tenía pasaporte doble: Ellis era el nombre de su hermano —o de la abuela materna, según qué pariente lleve el libro, expresión que a esta altura ya funciona sola

—, y Peters venía de Petra, la hija de unos amigos checos, con lo cual la mitad del nombre falso era checa. Aprendió el idioma sola, de grande, después de un viaje del 47; Praga le dio una medalla de oro por las traducciones. Tradujo también a Jaroslav Seifert, que ganaría el Nobel y que en 1929 vivió en una calle que aparece más abajo en esta crónica. No adelanto cuál: una crónica también administra su suspenso, aunque sea, como en este caso, un suspenso de nomenclatura. V. nota 17(b), cuando llegue.

13. Nádvoří, entonces: patio de edificio, no de casa. El checo mantiene separadas dos palabras que el castellano funde en una, y esta crónica, que trata enteramente de palabras fundidas que había que separar, no podía no anotarlo.

14. El edificio del museo, o sea, también operaba bajo nombre cambiado: una ladrillería sin ladrillos que exhibe a un escritor sin originales. Llegado este punto dejé de anotar las simetrías por considerarlas, técnicamente, el paisaje.

15. Otro apellido en doble turno, y ya van: Kafka-grajilla, Černý-Negro, Pargeter-Peters, la librería sin nombre, la traductora con dos, el que suscribe presentándose como hijo de. El expediente de los nombres de esta crónica necesita, a esta altura, un archivero propio, cargo para el cual —consta en §5— ya existe descripción de puesto: de ocho a dos, con la escritura de noche.

16. En el Instituto de Seguros contra Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, donde por lo demás lo consideraban un empleado excelente y lo ascendieron varias veces, datos que la posteridad maneja con visible incomodidad porque arruinan el cuadro del genio incomprendido y lo reemplazan por algo mucho peor, e.d. mucho más difícil de usar: un genio comprendido, evaluado positivamente y con horario de salida.

17. Otros datos del expediente de la calle, ordenados de la decepción al vértigo. Los alquimistas: cero. En Zlatá ulička vivieron orfebres —de ahí el nombre antiguo, Zlatnická — y arqueros de la guardia del Castillo, para quienes se levantaron las casitas contra los arcos de la muralla; la leyenda alquímica se instaló después y el circuito pago la mantiene desde entonces con contrato indefinido y aportes al día. Los colores alegres de las casitas son de una mano de pintura de los años cincuenta: el pintoresquismo es más joven que mi padre. La vereda de enfrente se demolió en el siglo XIX, así que la calle es, catastralmente, la mitad de sí misma, condición que comparte con casi todos los protagonistas de este texto. Meyrink, en cambio, cumple, y aporta documentación propia: en El Golem puso al final del callejón la casa de la última linterna, visible solo con niebla y solo para los nacidos en domingo; sin niebla, o sin domingo, lo que hay es una piedra gris y detrás la caída al foso de los ciervos. Es el único inmueble de la calle sin asiento en catastro alguno, lo que lo vuelve, de todo el barrio, el más difícil de demoler.

> **17(a).** En el número 14 vivió Matylda Průšová, vidente, que atendía como Madame de Thèbes, seudónimo heredado de una parisina, a la que a su vez se lo había inventado Dumas hijo —colega mío de rubro, dicho sea sin jactancia y con todos los descargos— a partir de una obra que nunca terminó, con lo cual el nombre tenía tres dueños y ningún original. Murió en manos de la Gestapo; el circuito pago asegura que por pronosticar la derrota del Reich, es decir, por leer bien. Es la única persona de toda esta crónica a la que el error de lectura no le tocó a ella.

17(b). Y en 1929 vivió ahí Jaroslav Seifert, el poeta que tradujo la traductora de la nota 12, q.v. La calle donde terminé comprando la chapa ya estaba anotada en esta crónica tres asientos antes de que yo llegara. No lo planeé. Tampoco lo pienso corregir: hay coincidencias que se ganan el asiento.

18. Corrección prometida, y las promesas de este texto, a diferencia de sus hipótesis, se cumplen: los zorros cazan en silencio, como corresponde a cualquiera que cace en serio. Lo que se escucha de noche es otra cosa, un grito de celo que los ingleses llaman vixen's scream y que suena a persona por un defecto de nuestro oído, no del zorro. «Como si nada hubiera pasado» resultó, por lo tanto, literalmente cierto: no había pasado nada. Es la única vez en toda la crónica en que el error de lectura no me dio nada mejor que el dato pelado, y queda registrada como excepción, porque las excepciones también se registran. En eso, precisamente, consiste registrar.

19. La calle, además, ya venía de la escritura: la nomenclatura se la atribuye a José Mariano Serrano, el secretario del Congreso de Tucumán, el que redactó el acta de la Independencia y que nueve años después presidió la asamblea que declaró la de Bolivia. Dos países independientes y en los dos el mismo hombre levantando el acta, e.d. un profesional de dejar constancia con doble jurisdicción. La ciudad, al rebautizar el tramo, le sacó la calle a un escribiente para dársela a un escritor. Cambió el rubro. El oficio, mirado de cerca —y esta crónica no sabe mirar de otra manera—, era el mismo, sin una sola enmienda: dejar constancia.